

EL PROBLEMA DE SÓCRATES Y LAS REALIDADES INTELECTUALES DEL PRESENTE

Domingo Plácido
Universidad Complutense

El reciente libro de I. F. Stone *The Trial of Socrates* incurre en ciertos errores de perspectiva histórica, que son discutidos, y en especial la falta de precisión en los conceptos sociales y políticos.

The recent book by I. F. Stone falls into some errors of historic perspective, which are discussed, particularly the lack of precision in the social and political concepts.

En 1988 se publicó por primera vez en los EEUU de América el libro de I.F. Stone *The Trial of Socrates* por Little, Brown and Company, que posteriormente, debido a su éxito, tal que la edición de 1989 de Anchor Books la anuncian como *National bestseller*, ha sido objeto de nuevas e inmediatas ediciones y de versiones a varias lenguas modernas, entre ellas la nuestra. El éxito ha ido siempre, desde luego, acompañado de la polémica procedente de distintos campos del mundo intelectual.

Frente a quienes defienden la existencia de ámbitos cerrados en el terreno de la investigación y consideran intrusismo toda incursión en los temas pertenecientes a esos ámbitos, puede también pensarse que el trasvase de experiencias de una disciplina a otra permite aportar nuevas perspectivas y abrir nuevos caminos que, tal vez, no son perceptibles desde dentro de ellos. La labor del especialista no tiene

por qué limitarse a rechazar de plano los resultados de dicho intrusismo. Más bien le corresponde intentar una respuesta que acoja lo positivo y establezca los necesarios matices con el ánimo de evitar que, gracias a que en ocasiones el intruso tiene acceso a públicos más amplios por el mismo carácter de su profesión y de su propio ámbito de trabajo, la nueva visión creada desde fuera se convierta en predominante y sirva para difundir una imagen en ocasiones banal de realidades mucho más complejas.

El tipo de intrusismo al que me estoy refiriendo es el que suelen practicar los periodistas en el campo de la historia en general y de la historia del pensamiento en particular. En efecto, I.F. Stone trabajó intensamente en el periodismo desde 1922 y, desde 1971, publicaba un I.F. Stones Weekly de gran difusión. Su constante lucha por la libertad de pensamiento y de palabra fue la que lo impulsó, en el momento de retirarse del periodismo activo a causa de una angina de pecho, a estudiar tales libertades en la historia, a la que siempre se había sentido inclinado, y a escribir el presente libro sobre el juicio de Sócrates. Resulta, desde luego, estimulante que alguien se acerque con este espíritu a un tema excesivamente tratado desde la aparentemente aséptica erudición de quienes desean simplemente hallar en las fuentes la posibilidad de interpretar un dato de modo renovador. Sin embargo, al plantearse el estudio del pasado, no con el objetivo genérico de comprender a la humanidad en su aspecto totalizador, tanto en el conjunto de las sociedades como en los diferentes matices que configuran su rica imagen, para intentar así comprender el presente vivido y crear a partir de entonces programas de vida hacia el futuro, sino con el objetivo concretísimo de pretender que el hombre actual se plantee la defensa de las mencionadas libertades y de que las recupere el habitante de los países del este europeo, la perspectiva con que se observa el pasado corre el riesgo de teñirse excesivamente con los colores de esa actualidad que se pretende transformar. Como el historiador que cree que el pasado es ajeno al presente, en el otro extremo, el hombre cuya preocupación por el presente hace observar el pasado como una realidad refleja, también se ve en el peligro de no comprender la que debe ser la labor del historiador: estudiar el presente por el pasado y el pasado por el presente sin dejar de averiguar cuáles son los rasgos propios de cada una de las dos realidades. El periodista corre el riesgo de minimizar el esfuerzo constante que se ve forzado a realizar el historiador que pretende estudiar el pasado en sus condiciones, con la conciencia clara de que su inserción en el presente constituye una realidad condicionante ineludible, sobre todo para quienes desean que la racionalidad histórica se convierta en arma para comprender e intentar transformar la realidad.

El reconocimiento de que el interés por la antigua Atenas puede expresarse a través del amor a la democracia y a la libertad de pensamiento y de expresión refleja, desde luego, una admirable actitud ante las sociedades humanas, al representar un rechazo ante cualquier forma de oposición de las libertades del hombre. Por otro lado, resulta positivo como actitud ante la historia, siempre que se reconozca

que la democracia ateniense era la forma de democracia posible más avanzada que permitan las condiciones de la sociedad antigua, en sí misma desigual en los sistemas de explotación del trabajo e incluso en la capacidad de participación en las decisiones colectivas. Esa democracia llevaba consigo una fuerte dosis de marginalidad que afectaba duramente a las mujeres, los extranjeros y los esclavos. Por ello, dicha actitud de admiración puede llegar a reproducir la que mantenía Grote, que, en el siglo XIX, al comprender que la democracia ateniense era compatible con el imperialismo, como en su admirada *Commonwealth*, y que la ciudad abierta resultaba apta para el desarrollo intelectual ilustrado, olvidaba en cambio los aspectos negativos de la misma democracia en sus proyecciones imperialista y esclavista. Su espíritu Whig favoreció la comprensión de la democracia ateniense en muchos de sus aspectos más positivos, pero cerró otros caminos, que quedan como arma de los enemigos de la democracia al considerar que esto traía consigo necesariamente la esclavitud. Lo que en el siglo XIX era bien explicable y creaba un proyecto de progreso historiográfico, en nuestros tiempos resulta más bien oscurecedor de la realidad histórica que se ha llegado a comprender tras grandes esfuerzos de la investigación.

No puede dudarse de las buenas intenciones de quien se propone el aprendizaje de la lengua griega para poder comprender el tema tratado en el libro. Toda la bibliografía resulta desde luego sesgada por la posición histórica y por los intereses de los distintos autores. Todo texto antiguo puede interpretarse de distintos modos que llegan incluso a ser contradictorios. Sin embargo, en la actitud de Stone parece más bien encontrarse un cierto tono salvífico, en el sentido de que ve en la bibliografía académica una especie de jaula de grillos que requiere cierta revisión desde un punto de vista como el suyo, desde la actualidad del debate sobre la libertad de expresión. Como dije al principio, creo muy positiva la intrusión de personas de unos campos en otros para desbloquear lo que puede haber de estancamiento cerrado donde se revuelven los mismos argumentos, pero desconfío de quienes, sobre el argumento del anquilosamiento académico, se presentan como alternativa cultural viva, capaz de responder a intereses del momento. Este es el mejor campo para producir la deformación, al partir de posiciones incapaces de comprender las variaciones sustanciales que se han producido a lo largo de la historia, que imposibilitan la interpretación jeffersoniana de la democracia ateniense o de otros acontecimientos o realidades del mundo antiguo. Lo mismo que imposibilitan la interpretación marxista en un sentido político como medio para impulsar de modo inmediato las actitudes revolucionarias. Otra cosa es la interpretación marxiana que trata de comprender en cada caso cuáles son las posibles relaciones existentes entre una realidad histórica, económica y social, y los distintos modos de manifestación de la vida cultural. No está mal irritarse por la injusticia del pasado, pero la irritación sola no conduce a análisis capaces de suscitar los cambios presentes, si no va acompañada de la reflexión que intente analizar la causalidad histórica de la injusticia.

Los presupuestos intencionales de la obra de Stone lo llevan a que, como buen jeffersoniano, que se plantea la realidad contemporánea como una disyuntiva entre democracia y totalitarismos, sin entrar en matices de orden social, sólo observe en la realidad políticamente antigua esta misma diferencia, entre una forma de poder personal como precisa y la *politeia*, concepto de origen aristotélico, que se refiere a la forma de organización representada por la *polis*, gobernada por un cuerpo cívico más o menos amplio según se trate del sistema democrático o del oligárquico. Para Stone, la diferencia de sistemas dentro de la *polis* es una cuestión cuantitativa, cuando ya Aristóteles vio que los pocos de las oligarquías eran los ricos, es decir, que se trataba de una cuestión de orden económico y social. Las líneas divisorias antiguas pasan por otras coordenadas, pues si Sócrates es partidario de que manden los que saben, es porque éstos constituyen un modo de enmascarar, en un momento en que son necesarios métodos más sutiles de definir los sistemas de dominación, el dominio de los pocos como sector minoritario que también es económicamente dominante. El proyecto socrático no defiende un sistema unipersonal, pues bien se opone el socratismo a las formas de tiranía cuando intuye que ésta puede recibir apoyo del *demos*. En él está presente, por el contrario, una nueva forma de definir la oligarquía tras los momentos complejos que se derivan del conflicto, interno y externo, representado por la Guerra del Peloponeso. Sócrates no es tampoco hostil a la *polis*, sino que por el contrario trata de restituir una forma de la *polis* oligárquica a través de nuevas alianzas y de una nueva definición técnica que le proporciona el sólido fundamento ideológico.

La falta de precisión en los conceptos sociales y políticos de Stone deriva muy probablemente de su intención de aplicar la sencilla dicotomía que observa en el mundo actual entre democracia y poder personal. No se da cuenta de que el eje fundamental de la historia política de la ciudad antigua se encuentra en la disyuntiva entre democracia y oligarquía, y de que el poder personal constituye los elementos, relativamente anecdóticos, que configuran las formas de asentarse la oligarquía, momento en que las instituciones de la *polis* se revelan insuficientes para mantener su poder. El peligro está en que, al transferir al pasado una imagen tan simple, ese mismo pasado nos devuelva la imagen para que se comprenda de modo igualmente simple el mundo presente. Tal es, en efecto, la imagen que aparece habitualmente en los medios de expresión periodísticos.

Como ejemplo puede citarse la comparación que se establece en la p. 67 entre Critias y Robespierre, entre el jefe de los oligarcas que instalaron la tiranía de los Treinta al final de la Guerra del Peloponeso, para eliminar la democracia y castigar incluso a aquellos aristócratas que vieron la colaboración con el *demos* como una vía para conservar la concordia, y el dirigente de los *sans culottes* en la Revolución francesa. Tal vez no sea una casualidad la coincidencia entre la publicación del libro de Stone y las peculiares versiones que se difundieron del hecho revolucionario de 1789 con motivo de la conmemoración del segundo centenario. En ambos casos, lo característico está constituido por el intento de vaciar los he-

chos históricos de sus contenidos sociales. Resulta verdaderamente enmascarador que Critias aparezca definido como el primer Robespierre, no tanto con relación a la realidad antigua como con relación a los fundamentos de la historia contemporánea.

En cambio, Stone encuentra en Aristóteles el antecedente de la concepción legal, como equidad, del sistema anglo-americano. Antepasado del mundo moderno al defender la *politeía*, el planteamiento aristotélico se contraponía al platónico como modelo de los absolutismos de Stalin o Mao Tse Tung, sin querer ver que el planteamiento propuesto en la *Política* de Aristóteles trata de restringir la ciudadanía a los propietarios de tierra, precisamente porque éstos acudirían poco a la asamblea y dejarían en manos de los políticos la organización de la ciudad, y de dejar fuera a todo el que realiza trabajos manuales, porque su actividad los identifica con los esclavos, clase que, en su concepción de la realidad política, sirve de sustento para la existencia de la política misma. Es útil comprender el pensamiento aristotélico y trasponer los resultados para la captación de otras realidades, pero siempre que se tenga presente el carácter de la realidad social, que él mismo vivió, que sirvió de sustento a su pensamiento y a la que quiso imprimir una dinámica transformadora.

Otras consideraciones podrían hacerse en el mismo sentido, cuando la visión esquemática de la realidad política, sin tener en cuenta las ricas prácticas posibles en la sociedad antigua, le impiden al autor percibir la complejidad de las relaciones entre Anito y Terámenes, por un lado, y Sócrates, por otro, o la línea sucesoria que une a Pericles con Cleón, donde las diferencias llegan a ser tan importantes como las similitudes. Como caso extremo, se puede señalar que los tiranidas Harmodio y Aristogitónno buscaban el establecimiento de la democracia: los enemigos iniciales de la Tiranía eran precisamente los oligarcas. Las vicisitudes históricas posteriores hicieron que la identificación con los promotores de la democracia borrarán precisamente el papel de la oligarquía y que muchos oligarcas pudieran presumir de ser demócratas.

En conclusión, Stone ha hecho un libro estimulante, que ha interpretado en clave democrática el juicio de Sócrates y puede servir para revisar muchos conceptos derivados de la tradición que atribuye a Sócrates el carácter del Santo patrono mártir de la intelectualidad. La estrecha vinculación de los intereses del autor con el mundo presente, capaz de destapar temas y despertar el interés hacia una investigación productiva, también ocasiona, sin embargo, un cierto esquematismo que impide la profundización en las complejidades de la realidad antigua, que precisamente podría abrir la puerta a la comprensión de la realidad presente en su plena complejidad. Tal vez aquí se encuentre la clave de la cuestión, mucho más que en el hecho mismo de que el presente despierte el interés por el pasado. Stone concibe también el presente de manera demasiado simple, dividido rígidamente en la disyuntiva política de autoritarismo y democracia, sin entrar en matices procedentes de las circunstancias complejas sociales y económicas y sin

percibir que detrás de la vida de la *polis* se halla la realidad de la explotación del trabajo esclavo. Al remontarse al pasado a partir de estos presupuestos, la imagen que nos devuelve resulta igualmente simple y sirve para afirmar la concepción de un mundo presente dividido esquemáticamente en los dos aspectos señalados, lo que sin duda se ve favorecido por las coyunturas precisas del actual momento, vigente tanto en las relaciones políticas internacionales como en la apariencia de los conflictos internos. Todo queda elevado al plano de la política, con lo que se consigue un modo eficaz de enmascaramiento de los conflictos relacionados con la explotación y con las distintas formas de supeditación real de unos hombres a otros.